

Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

LA CRISIS DE LOS VÍNCULOS EN LA SOCIEDAD

Sebastián Mora Rosado
Universidad Pontificia Comillas

2. La crisis de los vínculos en la sociedad

Sebastián Mora Rosado

Universidad Pontificia Comillas

I. Introducción

La urgencia de recrear la sociedad de los cuidados brota desde dos realidades básicas: la vulnerabilidad de la condición humana y la interdependencia de la vida. La fragilidad humana, la esencial vulnerabilidad, necesita tramas vitales densas para sostenerse en un mundo habitado por innumerables riesgos e incertidumbres. Riesgos de carácter sistémico que llegan a amenazar la vida humana y que hieren de muerte a nuestra Madre Tierra. La vulnerabilidad de la vida nos hace interdependientes y ecodependientes porque «todo está conectado» (LS, 138). Esta radical interdependencia se hace especialmente consciente en momentos de incremento global de los riesgos y aludimos a la «bendita pertenencia común de la que no podemos evadirnos».

Como dice el papa Francisco, la pandemia por COVID-19

«despertó durante un tiempo la conciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos. Por

eso dije que la tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. (...) Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa bendita pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos» (FT, 32).

La pandemia impulsó algunas prácticas comunitarias densas y novedosas que nos permitieron saborear la vinculación profunda con la humanidad y la Madre Tierra. En aquellos meses de impacto profundo del virus nos llegamos a sentir, con más hondura, comunidad interdependiente e interconectada por lazos intensos, orientados a la construcción de un futuro común. Sin embargo, a pesar de este impulso comunitario, no perdieron fuerzas las concepciones antropológicas, los horizontes morales y las tendencias socio-estructurales que más bien parecen querer evadirse de «la pertenencia de hermandad» y destruir la «bendita pertenencia común». Son muchas las evidencias sociológicas, políticas y éticas que muestran la debilidad de los vínculos en nuestras sociedades como para no hacernos cargo de la realidad. Desde las variables socio-sanitarias, a las situaciones de soledad, pasando por las condiciones sociales, la participación social o los procesos de ayuda recíproca nos muestran la profunda fragilidad de nuestros vínculos.

Hace dos años, en un artículo en esta misma revista¹ comenzábamos citando un párrafo del Informe Análisis y perspectivas 2018 que es absolutamente pertinente reescribir:

«en la evolución de nuestro marco social estamos construyendo una sociedad desligada, que destruye con cada vez mayor intensidad los vínculos o ligamentos por los que nos sentimos miembros, con derechos y deberes, de nuestra sociedad. Donde el individualismo exacerbado deja a la persona cada vez más sola en su proceso de incorporación social, y ante los grandes cambios civilizatorios ha decidido ignorar su victimario»².

Antes de la pandemia vivíamos con una crisis profunda de los «vínculos o ligamentos» que orillaban a las cunetas del olvido a millones de personas. Tras la pandemia, no podemos evitar seguir hablando de una sociedad desvinculada que sigue enalteciendo la autosuficiencia como valor supremo, el individualismo como

1. MORA, S. (2020): Rescatar los vínculos: el dinamismo de la compasión. *Corintios XIII. Revista de Teología y Pastoral de la Caridad* (175), 50-69.

2. Fundación FOESSA (2018): *Análisis y perspectivas 2018: Exclusión Estructural e Integración Social*. Madrid: Cáritas-FOESSA, 30.

horizonte moral y en la que los procesos de desigualdad y exclusión se siguen intensificando.

Lejos de vivir en una sociedad vinculada hay datos que muestran una tendencia creciente a la destrucción de los vínculos familiares y sociales. Sin ánimo de profundizar en dichos datos y tendencias, nos parece necesario señalar algunas de estas manifestaciones que nos ayuden a pensar sobre la crisis de los vínculos en nuestras sociedades.

La soledad no deseada es una de estas tendencias que está sufriendo un crecimiento muy importante y que, por sí sola, es un buen ejemplo de la ruptura de los vínculos más primarios. Un Informe sobre la soledad en la Unión Europea, antes y durante la pandemia³, realizado por la Comisión Europea, nos ofrece datos muy relevantes y relevadores. Antes de la pandemia alrededor del 12 % de los ciudadanos y ciudadanas de la Unión se sentían frecuentemente solas, subiendo durante la pandemia al 25 %. Aunque la soledad afectó a todos los grupos, se cebó especialmente con los adultos jóvenes. Antes de la pandemia, la soledad se incrementaba proporcionalmente con la edad; sin embargo, la pandemia giró la tendencia y los adultos jóvenes pasaron de un 9 % de sentimiento de soledad, a un 35 % durante los primeros meses de la pandemia. Estos datos nos muestran un proceso subterráneo que va creciendo y que muestra la debilidad de una sociedad desligada, que se rompe frente a los riesgos sistémicos. En España estas tendencias son importantes también. El 11,6 % de la población española vive en soledad no deseada,⁴ afectando con más intensidad a los grupos de personas mayores y a los adolescentes y jóvenes.

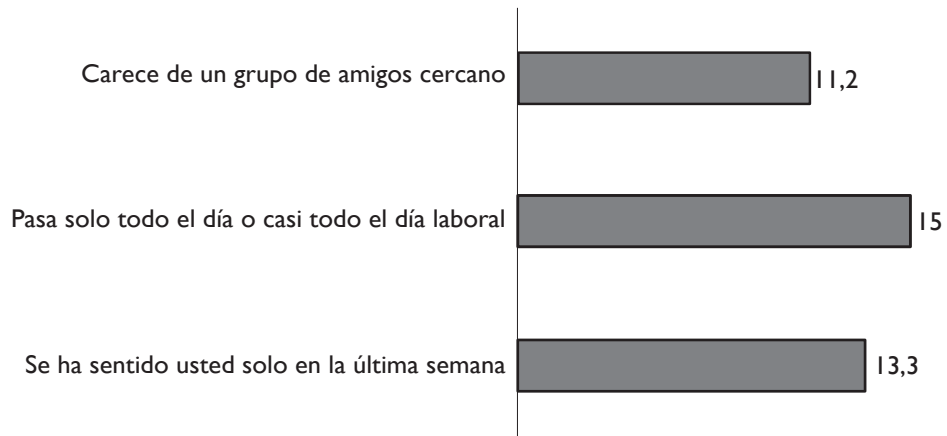
Tomando datos de una investigación sobre la cultura del encuentro que hemos realizado en la Cátedra Jose M.^a Martín Patino de la Cultura del Encuentro⁵, se observa cómo en tres escenarios diversos el sentimiento de soledad nos acompaña en la vida cotidiana (gráfico 1). Entre el 10 y 15 % de las personas se han sentido solas, siendo el escenario de mayor intensidad el referido a la jornada laboral. Hay que tener en cuenta que eran momentos de auge del teletrabajo en algunos sectores a consecuencia de la pandemia de la COVID-19.

3. EUROPEAN COMMISSION (2021): *Loneliness in Europe before and during the COVID-19 pandemic*. Disponible en <https://publications.jrc.ec.europa.eu/repository/handle/JRC126802?mode=full> (consulta 8/12/2022).

4. Datos del Observatorio Estatal de la soledad no deseada. Disponible en <https://www.soledades.es/index.php/> (consulta 8/12/2022).

5. LÓPEZ-RUIZ, J. A., MORA, S., BLANCO, A. y LORENZO, F. (2022): «La cultura del encuentro». En A. BLANCO, A. CHUECA, J. A. LÓPEZ-RUIZ y S. MORA (Eds.): *Informe España 2022* (pp. 49-129). Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 109.

Gráfico I. Sentimiento de soledad (en porcentaje)



Fuente: Informe España 2022

No podemos olvidar que estas situaciones de soledad emergen en unas sociedades con un incremento considerable a la vida independiente, es decir, en hogares unipersonales. El hogar, espacio de encuentro y relación, se va convirtiendo paulatinamente en un frío espacio de soledad. En Europa, según Eurostat, vivían en hogares individuales en torno a 60 millones de personas en 2009; en el 2020 estos hogares se acercaban a los 80 millones. En España, según el INE en 2022, los hogares individuales eran más de 5 millones, proyectando para el 2037 que lleguen a 6.450.937 (en el 2014 eran dos millones menos). Es decir, a pesar de las dificultades en la vivienda en España, y en toda Europa, la tendencia anunciada es de un crecimiento importante de los hogares individuales. La trama del hogar, base para la construcción comunitaria, se individualiza y atomiza de manera extraordinaria, tanto por condicionamientos sociales como por elecciones personales.

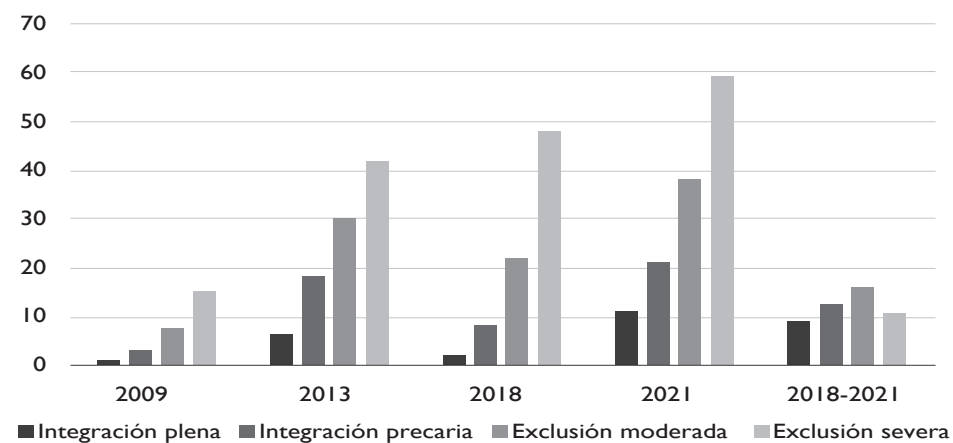
Muchas son las variables sociales, económicas, éticas y políticas que inciden en el incremento de esta auténtica epidemia⁶ del siglo XXI, pero no cabe duda de que es una manifestación clara del crecimiento de una vida con vínculos y relaciones sociales frágiles, no siempre deseada y buscada. Esta vida en aislamiento acaba convirtiéndose no solo en una falta de relaciones sociales sino en una auténtica situación de exclusión. Como bien dice Hertz, «la sensación de desconexión no es solo con respecto a aquellas personas en las que deberíamos confiar, sino también con respecto a nosotros mismos. Se trata no únicamente de la falta de apoyo social o familiar, sino también de la sensación de exclusión política y económica»⁷.

6. VIDAL, F. y HALTY, A. (2020): «La soledad del siglo XXI». En BLANCO, A., CHUECA, A., LÓPEZ-RUIZ, J.A. y MORA, S. (Eds.): *Informe España 2020* (pp. 91-165). Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

7. HERTZ, N. (2021): *El siglo de la soledad. Recuperar los vínculos humanos en un mundo dividido*. Barcelona: Paidós, 19.

Esta situación de exclusión tiene una clara manifestación en la pérdida de relaciones sociales. La falta de relaciones sociales produce exclusión y, al mismo tiempo, la exclusión erosiona las relaciones sociales. El último Informe FOESSA⁸ sobre el impacto de la COVID-19 lo muestra con nitidez (gráfico 2), especialmente en los grupos de exclusión severa. Aunque se puede observar que las diferencias 2018-2021 las situaciones de pérdida de relaciones se incrementan en todas las situaciones sociales. Incluso las relaciones más cotidianas y habituales se ven rotas y fragmentadas por condicionamientos estructurales.

Gráfico 2. Hogares que, por problemas económicos, se han enfrentado en los últimos 12 meses a la pérdida de relaciones sociales habituales, por grupos de exclusión (2009-2021) (en porcentaje)



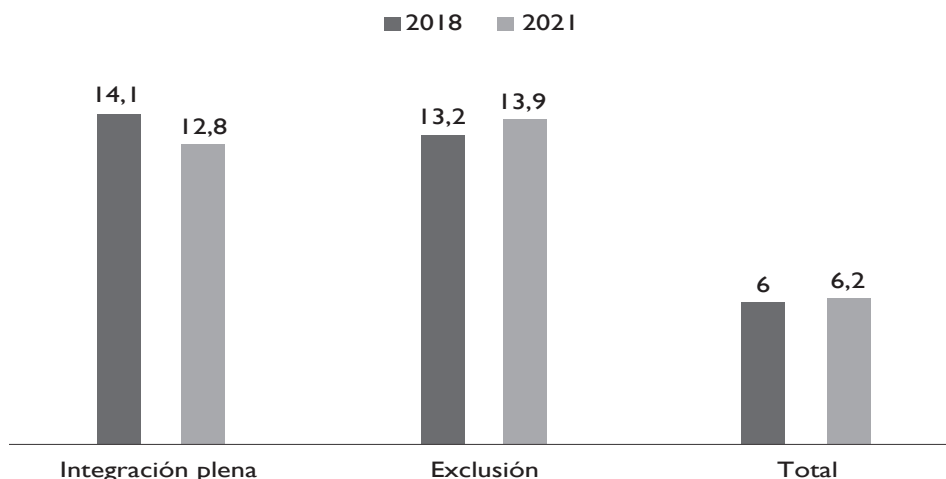
Fuente: FOESSA, 2022

Esta fragilidad relacional conduce ya no solo a la soledad deseada y productiva (*solitude*) o a la soledad no deseada (*loneliness*), sino al aislamiento social (*social isolation*). El aislamiento social es una de las variables más complejas de superar en los procesos de exclusión social. La circularidad aislamiento-exclusión y exclusión-aislamiento, que antes mencionábamos construye un círculo diabólico que es difícil de romper. Es más, este aislamiento (gráfico 3) fragiliza incluso las situaciones de integración precaria construyendo una zona de vulnerabilidad social amplia. En nuestras ciudades no es extraño que los procesos de exclusión comiencen desde la ruptura de los vínculos vitales⁹ y se derrumben, tras esta ruptura, el resto de las variables (trabajo, vivienda, participación).

8. Fundación FOESSA (2022): *Evolución de la cohesión social y consecuencias de la COVID-19 en España*. Madrid: FOESSA, 545.

9. Estos procesos están muy estudiados en las situaciones de *sinhogarismo*.

Gráfico 3. Evolución del aislamiento social según niveles de integración precaria/exclusión (en porcentaje)



Fuente: FOESSA, 2022

Una de las características que asociamos a las relaciones sociales sólidas es la capacidad de producir reciprocidad en la ayuda. Somos relacionalidad en tanto que ayudamos y somos ayudados. Analizar estos procesos de ayuda, y más en contextos de crisis profunda, nos pueden ayudar a desvelar cómo se van conformando las vinculaciones sociales. En la tabla 1, observamos como en 2018 alrededor del 70 % de la población (tanto en exclusión como en integración social) recibía ayuda por parte de terceros, este porcentaje en tiempos de incremento de las necesidades vemos como se ha reducido en 3,9 puntos. Por tanto, un tercio de los hogares que requieren de ayuda no la han recibido. Podríamos decir, que incluso tras el impacto de la pandemia no se han reforzado los lazos de ayuda, sino que se han fragilizado de manera notable.

Tabla 1. Población que recibe ayuda o presta ayuda a terceros por grupo de exclusión/inclusión 2018-2021 (en porcentaje)

Recibe ayuda	2018	2021	2021-2018
Integración	69,2	65,2	-4
Exclusión	70,9	68,6	-2,2
Total	69,9	66	-3,9
Presta ayuda	2018	2021	2021-2018
Integración	59,1	48,6	-10,5
Exclusión	49,3	39,7	-9,6
Total	58,1	46,9	-11,2

Fuente: FOESSA, 2022

Desde el punto de vista de la prestación de la ayuda observamos una merma más acelerada. Observamos un descenso de 11,2 puntos, entre el año 2018 y el 2021, de los hogares que prestaban ayudas; tanto en los hogares más vulnerables (con una caída de 9,6 puntos) como en aquellos con una mejor situación social (10,5 puntos). Es decir, desde las dos perspectivas (dar y recibir) no podemos afirmar una mayor solidez de las relaciones de reciprocidad, sino un descenso de la calidad de estas relaciones.

Soledad, aislamiento y falta de ayuda recíproca son algunas de las tendencias que nos muestran como los vínculos sociales se van debilitando y fragilizando. En tiempos de incertidumbre existencial y con procesos de exclusión estructural muy acentuados carecemos de la solidez del recurso más básico que tenemos los humanos: la vinculación de las personas en comunidades de cuidado. Pero ¿qué hay detrás de esta «desvinculación social»? ¿Qué resortes antropológicos, éticos y estructurales potencian esta cultura del aislamiento?

2. La gran «desvinculación»: desvelar la realidad

Tras estos procesos y tendencias sociales a las vinculaciones frágiles hay una concepción de lo humano —antropología— que presenta a las personas como seres autosuficientes y autónomos. El ideal de persona se identifica con un ser productivo, invulnerable y sustentado en su infinita voluntad libre y creadora por encima de cualquier proyecto colectivo.

El *homo economicus*, centrado en la producción, la utilidad y la eficiencia acaba construyendo un sujeto de rendimiento total que absolutiza la nuda vida y trabaja sin descanso hasta llegar al agotamiento¹⁰. La autosuficiencia es la oración principal del credo del rendimiento: «tú todo lo puedes, si quieres». La vulgarización de la psicología positiva, al servicio de la autoexplotación, que nos considera seres con capacidades infinitas si ponemos en juego nuestra voluntad para encontrar la felicidad¹¹ es un eje de la religión de la positividad. En el fondo, todo recae sobre nuestras espaldas, de manera que cada persona se convierte en el «panóptico de sí mismo»¹² para construir la autoexplotación total de sí mismo. Nuestra autosuficiencia, que se puede arreglar terapéuticamente si no está lograda, es el centro de la existencia, del logro, de la felicidad y muestra de la libertad más radical. La persona «hecha a sí misma» se convierte no solo en un anhelo y aspiración ideal, sino en una realidad social y psicológica.

10. HAN, B. (2012): *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

11. BÉJAR, H. (2018): *Felicidad. La salvación moderna*. Madrid: Tecnos.

12. HAN, B. (2014): *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.

Esta pretendida autosuficiencia nos sumerge en el cansancio, en la falta de sentido y de orientación vital, y en una auténtica desaparición de los otros como referencia primaria. En cierta medida caemos en el *oxímoron* de un aislamiento colectivo, en la necesidad de enclavarnos en un yo autosuficiente en medio de la colectividad. Como cantaba Amaral, en una de sus canciones hace años, «es muy duro estar solo en medio de un montón de gente». Sin embargo, esta desvinculación radical que produce el sentimiento de autosuficiencia nos encierra, nos aleja y nos sitúa a espaldas de la alteridad. Como afirma Sadin¹³ vivimos en la era del individuo tirano o, como aseveraba hace años Bajoit, bajo la tiranía del Gran ISA¹⁴.

Quizá la manifestación más nítida de esta autosuficiencia la encontramos en las propuestas transhumanistas o posthumanistas. Estos se presentan como una propuesta de revolución silenciosa y pacífica para conducirnos a un mundo sin dolor, sufrimiento o enfermedad¹⁵. Las tecnologías —referenciado en las NBIC¹⁶— nos pueden permitir la creación de una nueva naturaleza alejada de los conceptos clásicos de vida natural y vida en común¹⁷. La *technoutopía posthumana* que promete, mediante la «mejora de la naturaleza humana» (Human Enhancement), la liberación de la condición personal, pretendiendo destruir los rasgos de vulnerabilidad que es condición *sine qua non* para la construcción de una vinculación cuidadosa. En el fondo, estos planteamientos son una huida hacía otras naturalezas sin mundanidad y acaban construyendo un relato más mítico que científico o ético. Como afirma Riechmann el transhumanismo se convierte en un mito gnóstico desde la creencia de que somos «chispas de conciencia encerradas en un mundo material ajeno a nuestra verdadera esencia: este mundo sería una creación maligna de la que un conocimiento superior —la *Gnosis*— permitiría liberarse al iniciado»¹⁸. La autosuficiencia y autonomía propuesta como estandarte de una nueva humanidad cuya pretensión «es una huida de nuestra carne, para ir a un cielo no biológico»¹⁹. En este cielo, la vida no necesita arraigo y relación humana, sino simplemente interacción funcional.

13. SADIN, E. (2022): *La era del individuo tirano*. Buenos Aires: Caja Negra.

14. BAJOIT, G. (2009): La tiranía del Gran ISA. *Cultura Y Representaciones Sociales*, 3(6), 9-24. Retrieved from http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102009000100001&lng=es&tlng=es. ISA es el acrónimo de individuo, sujeto y actor de sí mismo.

15. FERRY, L. (2018): *La revolución transhumanista Cómo la tecnomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*. Madrid: Alianza Editorial.

16. Este acrónimo alude a la convergencia de la Nanotecnología, Biotecnología, Tecnologías de la información y ciencias cognitivas.

17. HARAWAY, D. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

18. RIECHMANN, J. (2016): ¿Triunfará el nuevo gnosticismo? Notas sobre biología sintética, nanotecnologías y manipulación genética en el Siglo de la Gran Prueba. *Isegoría*, (55), 409-441. doi:10.3989/isegoria.2016.055.02:410.

19. GONZÁLEZ, A. (2017): Las máquinas y los gigantes. *Periferia*, (4), 119-131.:131.

Esta concepción antropológica brota en un horizonte moral individualista. Horizonte que es principio y fundamento del atomismo desvinculado de nuestras sociedades. Para Francisco el individualismo es «el virus más difícil de vencer» (FT, 105) y fuente de la cultura del descarte y la globalización de la indiferencia (cfr: EG, 53-54). Aunque los relatos predominantes plantean el individualismo como fuente de libertad y del desarrollo del bien común, en el fondo no deja de ser una superficial «sensación de libertad» y un «acumulado de ambiciones personales». Como afirma Francisco en *Fratelli tutti*:

«El individualismo no nos hace más libres, más iguales, más hermanos. La mera suma de los intereses individuales no es capaz de generar un mundo mejor para toda la humanidad. Ni siquiera puede preservarnos de tantos males que cada vez se vuelven más globales. Pero el individualismo radical es el virus más difícil de vencer. Engaña. Nos hace creer que todo consiste en dar rienda suelta a las propias ambiciones, como si acumulando ambiciones y seguridades individuales pudiéramos construir el bien común» (FT, 105).

Como decía Stirner²⁰ «no hay nada por encima de uno mismo», y lo único importante es la propia determinación más allá de los proyectos colectivos. Este individualismo «posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares» (EG, 67). Además, está detrás de la violencia estructural que padecemos: «El mundo está lacerado por las guerras y la violencia, o herido por un difuso individualismo que divide a los seres humanos y los enfrenta unos contra otros en pos del propio bienestar» (EG, 99).

El individualismo en su versión utilitaria y expresiva²¹ está detrás de la explotación de la Casa Común. En su versión utilitaria competitiva por la continua explotación a la que sometemos a la Madre Tierra, y en su versión expresiva porque acaba cayendo en un romanticismo que potencia el aislamiento, la distancia de las relaciones con las otras personas y construye un inmanentismo profundo.

«La crítica al antropocentrismo desviado tampoco debería colocar en un segundo plano el valor de las relaciones entre las personas. Si la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano. Cuando el pensamiento cristiano reclama un valor peculiar para el ser humano por encima de las demás criaturas, da lugar a la valoración de cada persona humana, y así provoca el reconocimiento del otro. La apertura a un “tú” capaz de conocer, amar y dialogar

20. STIRNER, M. (2004): *El único y su propiedad*. Madrid:Valdemar.

21. BÉJAR, H. (2001): *El mal samaritano. El altruismo en tiempos de escepticismo*. Barcelona: Anagrama.

sigue siendo la gran nobleza de la persona humana. Por eso, para una adecuada relación con el mundo creado no hace falta debilitar la dimensión social del ser humano y tampoco su dimensión trascendente, su apertura al “Tú” divino. Porque no se puede proponer una relación con el ambiente aislada de la relación con las demás personas y con Dios. Sería un individualismo romántico disfrazado de belleza ecológica y un asfixiante encierro en la inmanencia» (LS, 119).

Ahora bien, no podemos ser ingenuos y pensar que el individualismo no afecta también a nuestra relacionalidad religiosa. Aunque el individualismo genera el «aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo» (EG, 89). Es un virus que penetra todas las realidades de la relacionalidad y la vinculación, desde la más cotidiana a la más sagrada.

En último lugar, no podemos entender la fragilidad de los vínculos sin analizar las condiciones sociales y económicas de nuestras sociedades. No podemos comprender la crisis de la vinculación humana sin atender a los crecientes procesos de desigualdad y exclusión, la erosión de las «infraestructuras sociales»²² básicas para el encuentro y la transformación digital de nuestras relaciones.

El Banco Mundial estima que alrededor de 648 millones de personas vivían en pobreza extrema en el mundo en 2019. Esta institución internacional²³ adelantaba que el impacto de la COVID-19 podía empujar a 100 millones de personas a la pobreza y que los efectos del cambio climático, para el 2030, aumentaría en 168 millones las personas que sufren la pobreza extrema. Por otra parte, el informe *Global Multidimensional Poverty Index 2022: Unpacking deprivation bundles to reduce multidimensional poverty*²⁴ muestra como antes de la pandemia y de los efectos de la Guerra de Ucrania, alrededor de 1.200 millones de personas (en torno al 15 % de la población mundial) de 111 países (aquellos de los que existen datos disponibles) vivían en pobreza multidimensional.

La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) exponía²⁵ que entre 720 a 811 millones de personas sufrieron hambre en

22. La infraestructura social son aquellos espacios públicos relacionales que potencian los vínculos, la participación y el sentido comunitario. KLINENBERG, E. (2021): *Palacios del pueblo: Políticas para una sociedad más igualitaria*. Madrid: Capitán Swing Libros.

23. BANCO MUNDIAL (2021): *La pobreza y la prosperidad compartida 2020: Un cambio de suerte*. Washington D.C: Banco Mundial.

24. OPHI/UNDP (2022): *2022 Global Multidimensional Poverty Index (MPI). Unpacking deprivation bundles to reduce multidimensional poverty*. New York: UNDP.

25. FAO: *Seguridad alimentaria y nutrición en el mundo, 2021*. FAO, Roma, 2022. Disponible en <https://www.fao.org/3/cb4474en/online/cb4474en.html> (consulta 10/12/2022).

2020, lo que implica un incremento de 118 millones de personas con respecto al 2019. El *World inequality report 2022*²⁶ muestra como la desigualdad sigue aumentando en nuestro mundo llegando a niveles indignantes. En la actualidad el 10 % más rico de la población posee entre el 60 % y el 80 % de la riqueza del mundo, mientras que el 10 % más pobre solo alcanza a disfrutar el 5 % de esa riqueza.

En España, el último Informe FOESSA presentado, que analiza las consecuencias del COVID-19 en la sociedad española²⁷, presenta datos y tendencias preocupantes. Solo el 42,2 % de las personas en España no padecen algún tipo de exclusión social y el espacio de la integración plena se ha fragilizado (pasando del 31,1 % al 34,4 %). Además, la exclusión moderada se ha incrementado en dos puntos, aunque lo más relevante es el incremento en cuatro puntos de la exclusión severa, llegando al 12,7 % de la población (pasando de 4 a 6 millones). En el global, entre moderada y severa, la población que padece exclusión social en España es del 23,7 %, en torno a 11 millones de personas. En síntesis, observamos como la cohesión social en España se va fragilizando con un alarmante incremento de las personas que viven en exclusión severa.

Podríamos multiplicar los datos, profundizar en ellos y hacer múltiples reflexiones en torno a estas tendencias preocupantes. Pero entiendo que son bastantes expresivos cómo para comprender cómo se produce y reproduce la cultura del descarte. ¿Cómo hablar de vinculación humana desde una sociedad rota? ¿Cómo afrontar la relacionalidad desde un mundo cada vez más dual? El papa Francisco lo advierte con claridad:

«Así como el mandamiento de «no matar» pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del “descarte” que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la

26. CHANCEL, L., PIKETTY, T., SAEZ, E. y ZUCMAN, G. (2021): *World inequality report 2022*. Nantes: World Inequality Lab

27. Fundación FOESSA. (2022): *Evolución de la cohesión social y consecuencias de la COVID-19 en España*. Madrid: FOESSA.

sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder; sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”» (EG, 53).

Este marco de la cultura del descarte tiene su prolongación en la erosión de los espacios socializadores públicos. La ruptura socioeconómica viene acompañada por una cultura del aislamiento espacial y urbanístico. Hemos convertido nuestras ciudades en lugares de tránsito, y no de encuentro y relación. La tesis propuesta por Augé²⁸, hace más de 20 años, de los no-lugares antropológicos en la *sobremodernidad* llega a su paroxismo. Klinenberg²⁹, en un análisis contextualizado en los EE. UU, muestra como la desaparición de las bibliotecas públicas, los espacios comunitarios, los locales de las escuelas, etc., que él denomina «infraestructura social», han producido una sociedad más aislada y más desigual. Estos espacios sociales y «el entorno social y material condiciona nuestro comportamiento de formas que no hemos sabido identificar: contribuye a convertirnos en quienes somos y determina la manera en que vivimos»³⁰. El autor americano afirma que el declive de esta infraestructura social incide directamente en los modos de relación e identidad social

«cuando la infraestructura social se deteriora las consecuencias son inconfundibles: la gente reduce el tiempo que pasa en espacios públicos y se refugia en la seguridad del hogar; las redes sociales se debilitan; aumenta la delincuencia; las personas mayores y enfermas se van aislando; los jóvenes se enganchan a las drogas y se vuelven más susceptibles de morir por sobredosis; se incrementa la desconfianza, y decae la participación ciudadana»³¹.

El papa Francisco advierte también de esta condición básica para la sociabilidad humana. Sin espacios de relación no hay cultura del encuentro y observamos cómo estos lugares se van deteriorando. Dice el papa que en la planificación urbana «no basta la búsqueda de la belleza en el diseño, porque más valioso todavía es el servicio a otra belleza: la calidad de vida de las personas, su adaptación al ambiente, el encuentro y la ayuda mutua» (LS,50). Y continúa, las personas y la Madre Tierra necesitan que se «cuide el hábitat urbano para no favorecer la desintegración social» (LS, 49). Analizar los espacios urbanos es un factor esencial de la cultura del encuentro, pues es el *humus* en el que surgirán todas las posibles interrelaciones humanas.

28. AUGÉ, M. (2000): *Los «no lugares», espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

29. KLINENBERG, E. (2021): *Palacios del pueblo: Políticas para una sociedad más igualitaria*. Madrid: Capitán Swing Libros.

30. *Ibíd.*, 19.

31. *Ibíd.*, 29

En último lugar, un breve apunte sobre la dimensión digital de la vinculación humana. El mundo digital, especialmente desde la pandemia, nos permite relacionarnos con familiares y amigos, nos permite teletrabajar, acceder a recursos de información y diversión, mantener procesos formativos en las escuelas y las universidades, llevar a cabo nuestras celebraciones religiosas, y un largo etcétera. Sin embargo, la co-existencia que posibilitaba la tecnología digital no se convierte automáticamente en con-vivencia. Como afirma Han³², «los habitantes digitales de la red no se congregan. Les falta la intimidad de la congregación que produciría un nosotros. Constituyen una concentración sin congregación, una multitud sin interioridad, un conjunto sin interioridad, sin alma o espíritu». En la misma línea el papa Francisco afirma:

«Las relaciones digitales, que exigen del laborioso cultivo de una amistad, de una reciprocidad estable, e incluso de un consenso que madura con el tiempo, tienen apariencia de sociabilidad. No construyen verdaderamente un “nosotros” sino que suelen disimular y amplificar el mismo individualismo que se expresa en la xenofobia y en el desprecio de los débiles. La conexión digital no basta para tender puentes, no alcanza para unir a la humanidad» (FT, 43).

Es decir, las relaciones digitales no son condición suficiente, aunque puedan ayudar, para la vinculación profunda de lo humano. En el fondo pueden darnos una «sensación de relación», de conexión permanente, pero no de convivencia profunda. Como decía el papa emérito Benedicto XVI, refiriéndose a la globalización, podemos estar «más cercanos, pero no ser más hermanos» (CV, 19).

Pero el asunto más radical no es la falsa relación y sus consecuencias, sino el anhelo del mundo digital en construir y gobernar las relaciones. El mundo digital «ha pasado de colmar las insuficiencias del cuerpo de acuerdo con una dimensión prioritariamente protésica, de modo progresivo, ha ido asumiendo la carga inédita de gobernar de forma más masiva, rápida y racional a los seres y las cosas»³³. Es decir, el «discernimiento algorítmico» desplegado por procesos despersonalizados gobiernan gran parte de nuestra relacionalidad. De manera que la gestión del dato convierte en «la economía integral de la vida integral»³⁴ condicionando gran parte de nuestra relacionalidad. En definitiva, estamos creando una relacionalidad digital de subjetividades disminuidas.

Desde este marco crítico debemos afrontar cuáles son las constelaciones sociales que construyen, recrean y asientan la vinculación humana. En la actualidad,

32. HAN, B. (2014): *En el enjambre*. Barcelona: Herder. 28.

33. SADIN, E. (2017): *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra. 22-23

34. SADIN, E. (2018): *La silicización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires: Caja Negra. 28

construir comunidad, construir vinculación humana se convierte, al mismo tiempo, en el medio y el fin para escapar del colapso civilizatorio que muchas personas e investigadores anuncian.

3. Constelaciones de la vinculación humana

Si proponíamos una triple perspectiva para analizar los procesos de fragilización de la desvinculación humana (antropológica, ética y estructural), también debemos recorrer esa triple perspectiva para la reconstrucción de la vinculación. Frente a una antropología centrada en la autosuficiencia y la autonomía, planteamos una perspectiva basada en la autonomía relacional —interdependencia y ecoddependencia—; frente a un horizonte moral individualista proponemos la energía moral de la fraternidad; y, por último, frente a una cultura del descarte una democracia de los cuidados³⁵.

Para la Doctrina Social de la Iglesia (DSI),

«la persona es constitutivamente un ser social, porque así la ha querido Dios que la ha creado. La naturaleza del hombre se manifiesta, en efecto, como naturaleza de un ser que responde a sus propias necesidades sobre la base de una subjetividad relacional, es decir, como un ser libre y responsable, que reconoce la necesidad de integrarse y de colaborar con sus semejantes y que es capaz de comunión con ellos en el orden del conocimiento y del amor» (CDSI, 149).

Una subjetividad relacional que nos hace interdependientes y ecodpendientes. El aislamiento es un falso dilema, porque en realidad todo está conectado. Somos seres estructuralmente relacionales, la conexión profunda no es un componente accidental, sino esencial.

«No está de más insistir en que todo está conectado. El tiempo y el espacio no son independientes entre sí, y ni siquiera los átomos o las partículas subatómicas se pueden considerar por separado. Así como los distintos componentes del planeta —físicos, químicos y biológicos— están relacionados entre sí, también las especies vivas conforman una red que nunca terminamos de reconocer y comprender» (LS, 138).

En este sentido es fundamental huir del antropocentrismo desviado —autosuficiente y autónomo— porque hay una ecoddependencia básica y esencial, aunque sin caer en un mero «biocentrismo» que rebaja la dignidad de lo humano.

35. TRONTO, J. (2013): *Caring democracy. Markets, Equality, and Justice*. New York: New York University Press.

«Cuando se habla de “medio ambiente”, se indica particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Esto nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados. Las razones por las cuales un lugar se contamina exigen un análisis del funcionamiento de la sociedad, de su economía, de su comportamiento, de sus maneras de entender la realidad. Dada la magnitud de los cambios, ya no es posible encontrar una respuesta específica e independiente para cada parte del problema» (LS, 139).

Esta interdependencia y ecodependencia nos muestra el rostro vulnerable del ser humano, del ser inacabado que es la persona. El ser humano es, hasta la medula de sus huesos, vulnerabilidad extrema (Lévinas). Esta vulnerabilidad nos muestra la constitutiva necesidad de relación. Venimos al mundo necesitados de hospitalidad y esta condición vulnerable no puede eludirse, no puede ser superada sino acompañada y reconstruida. Somos «animales vulnerables» que nos cimentamos desde la interdependencia. Como bien dice Mèlich:

«La vulnerabilidad (de *vulnus*, «herida») implica dependencia, relación. Un ser vulnerable es el que puede ser herido y que, por eso, no es capaz de sobrevivir al margen de la atención y de la hospitalidad de otro, al margen de la compasión. Pero lo que resulta decisivo es que, según una antropología de la vulnerabilidad, no existe posibilidad de superar este estadio de dependencia. Somos, desde el inicio, seres necesitados de acogimiento porque somos finitos, contingentes y frágiles, porque en cualquier momento podemos rompernos, porque estamos expuestos a las heridas del mundo»³⁶.

Solo desde esta concepción es posible comprendernos como seres vinculados, necesitados del abrazo humano y de una sana relación con la Madre Tierra.

En segundo lugar, frente al horizonte moral del individualismo, debemos aspirar a construir un ethos fraternal que articule una ética de la solidaridad, concibiendo esta como «la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos» (SRS,38), y las éticas compasivas, atentas al sufrimiento del rostro concreto del que sufre y requiere nuestra respuesta. La fraternidad es hermandad global profunda —fondo y fundamento— desde una ética compasiva de proximidad y projimidad³⁷. En este sentido, para entender este ethos fraternal, es muy elocuente este texto de Francisco:

36. MÉLICH, J. (2014): «La condición vulnerable: una lectura de Emmanuel Levinas, Judith Butler y Adriana Cavarero». *Ars Brevis*, (20), 313-331, 314.

37. PASCUAL, J. R. (2021): *Hermandad Global. Fratelli tutti, un nuevo orden mundial desde la compasión samaritana*. Madrid: PPC.

«Es posible comenzar de abajo y de a uno, pugnar por lo más concreto y local, hasta el último rincón de la patria y del mundo, con el mismo cuidado que el viajero de Samaría tuvo por cada llaga del herido. Busquemos a otros y hagámonos cargo de la realidad que nos corresponde sin miedo al dolor o a la impotencia, porque allí está todo lo bueno que Dios ha sembrado en el corazón del ser humano. Las dificultades que parecen enormes son la oportunidad para crecer; y no la excusa para la tristeza inerte que favorece el sometimiento. Pero no lo hagamos solos, individualmente. El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades» (FT, 78).

En último lugar, construir vinculación es apostar por la *cidadanía universal*³⁸ que articule el cuidado de los demás, con el cuidado de la Madre Tierra y el cuidado de sí mismo. Como dice Francisco en *Laudato si'*:

«El descuido en el empeño de cultivar y mantener una relación adecuada con el vecino, hacia el cual tengo el deber del cuidado y de la custodia, destruye mi relación interior conmigo mismo, con los demás, con Dios y con la tierra (...) En estos relatos tan antiguos, cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás» (LS, 70).

Esta ecología del cuidado es cada vez más urgente y nos hace conscientes, al mismo tiempo que responsables, de que «nadie puede pelear la vida aisladamente. (...) Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos!» (FT, 8).

38. LAGUNA, J. (2021): *Cidadanía: del contrato social al pacto de cuidados*. Madrid: PPC.



 ***Caritas
Española***

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID

Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882

publicaciones@caritas.es

www.caritas.es